

Ángel Rama, una memoria que no acaba

Antonio Cornejo-Polar

Creo que en nuestro pensamiento crítico moderno solamente Ángel Rama tuvo la amplitud de perspectivas, la incisividad conceptual, la pasión por la cultura y el encendido amor por nuestra América que caracterizó a don Pedro Henríquez Ureña, fundador indiscutible de la mejor y más productiva tradición de los estudios culturales y literarios latinoamericanos. Ambos, además, supieron hacer de sus agudas reflexiones, basadas siempre en una erudición puntual y exacta pero no abrumadora, gérmenes de nuevos pensamientos y espacios abiertos al diálogo que enriquece aun —o sobre todo— cuando se discuten algunos aspectos o ciertas conclusiones de sus inmensas, iluminadoras y espléndidas contribuciones intelectuales. Es imposible enumerar siquiera la masiva agenda de asuntos en los que el aporte de Ángel resulta literalmente imprescindible, aunque compruebo con no disimulada indignación que en los últimos años algunos estudios que hubieran sido del todo imposibles sin sus lecciones no se molestan siquiera en citarlo. Prescindiendo de esta enojosa materia, que sin embargo era necesario mencionar, quisiera reiterar que la asombrosa amplitud de los

temas y enfoques enriquecidos por Ángel es inabarcable. Con toda la arbitrariedad implícita en una selección, yo pondría especial énfasis en dos categorías forjadas por él: la de “transculturación” y la de “ciudad letrada”.

Por cierto sus estudios sobre la *gauchesca*, el modernismo, el indigenismo, la nueva narrativa, el *posboom*, y tantos otros son valiosísimos, pero los dos puntos que he mencionado tienen una eficiencia teórica y hermenéutica que excede con largueza los contextos en que originalmente fueron empleados.

Es, por supuesto, el caso del concepto de “transculturación”. Asumido del pensamiento antropológico de don Fernando Ortiz, pero claro que renovado y adecuado al examen específico de la literatura, inicialmente le sirvió para esclarecer la obra de narradores, como Rulfo, García Márquez, Guimarães Rosa, Arguedas o Roa Bastos, que se negaban tanto a renunciar a las antiguas tradiciones simbólicas de sus comarcas, desde los mitos primordiales hasta ciertos logros del “regionalismo”, cuanto a los reclamos internacionalizadores de la modernidad, generando así densos discursos encabalgados en varios tiempos, muchas culturas y diversas voces. Casi es innecesario advertir que este trasiego transcultural no se enclaustra en la hermandad de narradores que enlistó Ángel; aparece también, cierto que con variantes, en las crónicas, la *gauchesca* (que estudió desde esta perspectiva pero con otra terminología), el negrismo, el indigenismo (y tengo para mí que fueron sus admirables lecturas de Arguedas las que generaron la necesidad de emplear el concepto de “transculturación”), la novela del nordeste brasileño, la poesía conversacional o el testimonio. En otros términos, la categoría de “transculturación” se inserta eficaz y productivamente en el cada vez más amplio arsenal de dispositivos teóricos con que

contamos para dar razón de nuestra entreverada literatura y su tumultuosa y múltiple historia.

Aún más ampliamente esclarecedora es su idea de “ciudad letrada”. Más abarcadora porque en realidad su ámbito de pertinencia no olvida pero sobrepasa con holgura el de la producción literaria (incluyendo sus formas de institucionalización) y se despliega sobre el vasto y casi ilimitado espacio de la construcción de la cultura y sus fluctuantes anclajes en los procesos globales de la sociedad latinoamericana. La posibilidad de “leer” la ciudad como un signo que genera otros signos, comprendiendo al mismo tiempo su imbricación con el poder de la escritura (y la relación de ésta con la oralidad subyacente), es un aporte mayor al complejo campo de los estudios culturales. Que además Ángel se preocupara por historiar y periodizar el desgalgado proceso de la “ciudad letrada” es síntoma del vigor conceptual, y de la solvencia académica, con que Ángel enfrentaba los grandes retos intelectuales. Al releer una y otra vez *La ciudad letrada* siento siempre una intensa admiración y un no menos intenso dolor: libro que el destino quiso que fuera póstumo, es —a la vez— una obra provocadoramente inaugural. Como pocas, abre anchas e incitantes avenidas a la aventura intelectual y propone inéditas opciones para comprender cómo se hizo y se sigue haciendo nuestra cultura. Es doblemente triste, entonces, que el propio Ángel no pudiera transitarlas. Puedo imaginar, sí, que lo hubiera hecho a su manera: con lúcida pasión, con valentía y rigor, arriesgándose, y con esa impetuosidad casi física con que gustaba enfrentar los asuntos más complejos, confusos, huidizos o sutiles.

Cuando murió Ángel recordé un verso vallejiano: nos hace “una falta sin fondo”. Diez años más tarde nada —salvo su memoria que no acaba— ha llenado ese inmenso y trágico vacío.